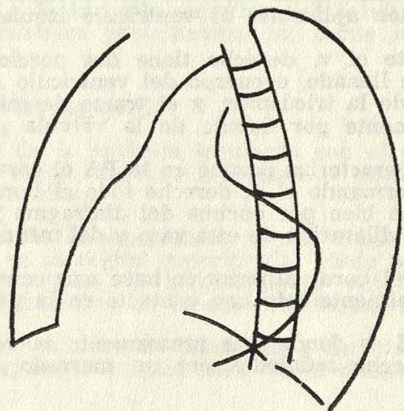


das, una pulmonar dilatada habla a favor de hipertrofia derecha y una aorta dilatada de hipertrofia izquierda.



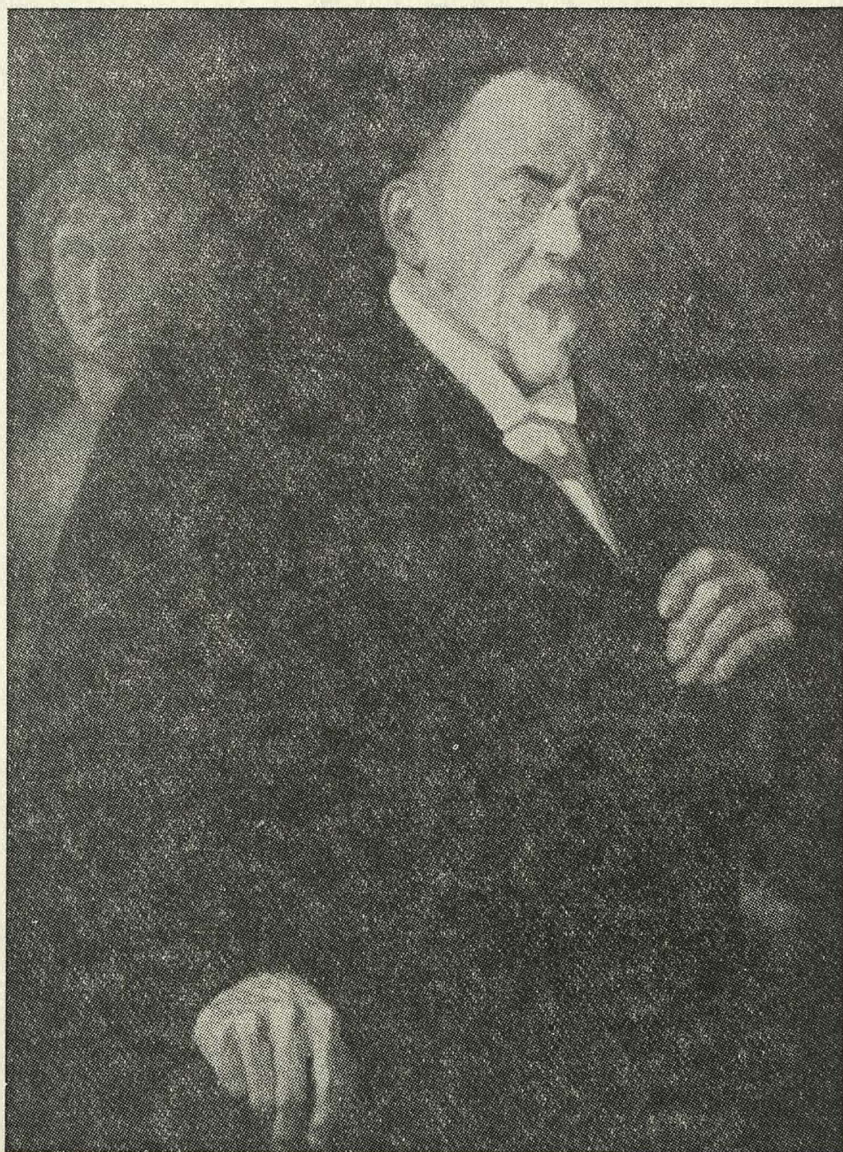
O. I. A.

**Crecimientos ventriculares combinados:**

La combinación de hipertrofias y dilataciones, dificulta mucho la apreciación del ventrículo izquierdo y por lo tanto el diagnóstico de crecimiento combinado es difícil y a veces imposible. En este aspecto el ECG es muy superior.

PAGINAS MAESTRAS





## MIGUEL ANTONIO CARO

Por: Monseñor Rafael M. Carrasquilla

Amigo fervoroso del señor don Miguel Antonio Caro, amigo suyo en la próspera y en la adversa fortuna, de los primeros en las horas malas y amargas, de los últimos en estos momentos en que principia la apoteosis de la posteridad y la historia, no tengo la serenidad que se requiere para juzgar y elogiar al varón egregio, ni poseo entendimiento capaz de apreciarlo, ni pluma digna de sus merecimientos y virtudes.

Mas el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario no puede callar ante el sepulcro del que regentó una de sus cátedras; del que, como Patrono, le devolvió su autonomía y su régimen constitucional; del que coadyuvó a la fundación de la facultad profesional de artes y filosofía; del que fue cariñoso amigo del Claustro.

Y aunque varios de mis colegas habrían tejido la corona fúnebre de Caro con más talento, en mejor forma, con espíritu más tranquilo, no puedo, en esta ocasión, cederles la palabra. Porque se trata de una deuda de gratitud, cuyo pago es forzoso principiar. El señor Caro fortificó en mi alma las creencias católicas y las ideas sociales y políticas que mis padres me habían inculcado desde la cuna; me enseñó, con su ejemplo, cómo se pelea la buena batalla en defensa de la fe, de la autoridad, de la patria; creó en mí el amor a la clásica literatura; corrigió y publicó mis primeros vacilantes ensayos; con interés y cariño de padre me inició en la lengua de Cicerón y de Virgilio; me admitió a la intimidad de su cristiano, de su bendito hogar; me trataba con todo el respeto debido a un embajador de Cristo, y con toda la confianza, desenfadada, deliciosa, del maestro para con el discípulo; del hombre superior para con el que no sería digno, a no vestir sotana, de trabar intimidad con él.

Las coronas, de flores y de elogios, en honra de Caro, forman una montaña. Acercó a ellos una violetica blanca ¿Quién la verá? La ve Dios, que aceptó el óvalo de la viuda; la alcanzará a ver el alma bendita de don Miguel Antonio, quien sonreirá ante el humilde obsequio, agradeciendo la intención, y condenando lo torpe de la idea, lo desatinado de la frase.

El genio no se hereda; el talento raras veces se transmite de padres a hijos.

Es regla general, pero regla que, como todas, tiene excepciones que la confirman. El gaditano don Francisco Javier Caro, venido a estas Américas, fue poeta regocijado, cristiano a carta cabal, ingenio de primera nota y por añadidura calígrafo sin igual. Hijo suyo fue don Antonio José, muerto en la flor de la edad, poeta y poeta eminente; y de esas dos generaciones, de donde habría podido nacer un idiota, provino José Eusebio Caro, uno de los caracteres más grandes, uno de los pensadores más hondos que hayamos tenido, y a mi pobre juicio el poeta de Colombia.

Cada nación, en siglo determinado, posee un vate que sobrepasa a todos los demás, que sintetiza el genio poético de la nación. Homero es el poeta griego; Virgilio el romano; Dante, el de Italia; Goethe, el de Alemania.

En la pasada centuria, Bello es la gloria poética de Venezuela, Olmedo la del Ecuador, Pesado la de México; y, a mí insignificante parecer, José Eusebio Caro la de esta patria colombiana. Porque Arboleda es tan vehemente como Caro en los patrióticos afectos; Núñez, igualmente hondo en el pensamiento; Pombo más pintoresco; Miguel Antonio más correcto; Gutiérrez González, más espontáneo y popular; Ortiz, más grandilocuo y solemne. Pero José Eusebio Caro los aventaja a todos en el conjunto de tan excelsas cualidades.

Rafael Pombo, uno de los pocos que pudieran considerársele rivales, dijo de José Eusebio:

**Poeta fue y altísimo poeta,  
No por poeta empero, más por grande;  
Y él la poesía interpretó completa;  
"Soplo creador que el universo expande"  
Todo en Caro era propio, todo suyo;  
El, como el sol, se iluminaba él mismo.**

De aquel genio nació Miguel Antonio. Pero quizá la herencia intelectual no le vino de su padre, sino de su abuelo materno, por intermedio de aquella Delina, musa de José Eusebio, anciana hoy nonagenaria, postrada en su lecho de enfermedad y dolores del alma, pero dueña, por extraño suceso, del vigor extraordinario de las facultades mentales.

Don Miguel Tobar, prócer de la Independencia, colegial y catedrático del Colegio del Rosario, jurisconsulto insigne, humanista y literato latino y español, sin más sucesor que su nieto, maestro de todos los maestros siguientes, fue uno de aquellos hombres en quienes la modestia se identifica con la persona. Destalló luz a torrentes sobre sus discípulos y contemporáneos,

y ocultó su faz con el velo de la poquedad, según unos; de la humildad, según otros. Los planetas pasaron por soles, y los satélites por planetas. Al sol lo descubrirá algún Herschell en el siglo XXI.

Miguel Antonio había perdido a su padre, a quien apenas conoció, de quien no recibió influencia directa; y el ilustre abuelo lo adoptó por suyo, y encontrando aquel entendimiento y aquella voluntad excelsos en el alma del netezuelo, lo formó a su imagen y semejanza. A los doce años, el niño tenía ya las creencias católicas, firmes, incontrastables que hicieron de él "adalid de Cristo y de su Iglesia"; ya poseía los fundamentos de sus opiniones políticas, tradicionalistas, pero nunca paralizadas; ya el hablar genuino de Castilla; ya su iniciación en la lengua de Horacio y de Ovidio.

La madre de Miguel Antonio lo matriculó como externo en el Colegio de San Bartolomé, regentado por los Jesuitas —admirables maestros de la juventud— recién traídos segunda vez a Nueva Granada, por el ilustre don Mariano Ospina. En "El Catolicismo", el inmortal periódico fundado por el arzobispo Mosquera, aparecen unos versos latinos, intachables, firmados por Miguel A. Caro, alumno del colegio de San Bartolomé.

Los que somos maestros de latinidad harto sabemos que un niño no hace versos latinos en Colombia, a menos que se haya criado a los pechos de don Miguel Tobar, que sea hijo del cantor del Bautismo y que se llame Miguel Antonio Caro.

Comenzó el señor Caro su carrera de poeta por varias composiciones que se resienten del clasicismo estrecho de una escuela francesa de Boileau, de la manera española de los Iriartes y Moratines. Era preciso. Para enderezar un árbol torcido a la izquierda, se requiere desviarlo de la vertical a la derecha. Por eso los que no podemos salirnos del justo medio, no seremos jamás reformadores.

Entre tanto, Caro iba continuando una magna labor literaria; su traducción a verso castellano de todas las obras de Virgilio. La concluyó. La publicó. Sus exiguos haberes padecieron irreparable detrimento; en cambio, España y América, y los sabios de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, la proclamaron maravilla de erudición y talento; la mejor versión al castellano del divino poeta de Mantua. Caro, que jamás pudo entender el valor ni la utilidad del dinero, no cayó en la cuenta de la pérdida pecuniaria; y, como poeta no se cuidaba de aplausos ni de censuras, ni advirtió casi el entusiasmo producido por su valor inmortal.

\* \* \*

Los trabajos, los estudios literarios eran para Caro ocupación secundaria, descanso apenas al fin primario de su vida: la

defensa de la verdad católica, de los principios de LIBERTAD Y ORDEN emblema del escudo de Colombia.

Los errores racionalistas, los principios del más exagerado liberalismo individualista habían adquirido boga considerable entre las clases ilustradas de la Nueva Granada. Las ideas pasaron a la constitución y a las leyes de la república, e informaron la educación pública oficial.

No sin protestas imponentes, no sin porfiada lucha, se implantó y sostuvo el nuevo régimen en los Estados Unidos de Colombia. Los obispos y sacerdotes defendieron los dogmas de la fe y las leyes santísimas de la Iglesia; y un gran número de católicos fieles peleó en la prensa la buena batalla de la religión. Otro grupo de abnegados institutores cristianos se consagró a inculcar los sanos principios y prácticas en las mentes y corazones juveniles. En otro tiempo, los hombres políticos del partido vencido pugnaban secretamente, en favor de la causa de sus simpatías y convicciones.

Faltaba hacer que tantos esfuerzos convergieran a un solo fin. Entonces se levantó Miguel Antonio Caro. Semejante a José de Maistre, alzó la bandera de la Religión y del Orden, sin respetos humanos, sin pensar en el qué dirán, sin contar ni medir el número y los bríos del adversario. Al principio lo siguieron pocos, muchos después, una legión en seguida. Venían sus discípulos de la falange conservadora y del antiguo ejército liberal. Parecía Caro el campeón de la intransigencia, y alistó medio ejército enemigo bajo su mando; semejaba un hombre de hierro y fue de los primeros en reconocer el grande estadista que se llamó Rafael Núñez, y brindarle apoyo y proclamarlo jefe.

El sentir de Núñez y Caro triunfó en 1886, con la expedición de la cristiana Constitución, bendecida por León XIII, y que fue en lo sustancial, obra de Caro. Esa carta tiene de seguro, defectos como todo obra humana; pero ciego ha de estar quien no reconozca que devolvió la unidad a la patria, la paz a las conciencias; y (cosa admirable) muchos de los puntos en que la nación reclama reformas, son precisamente aquellos en que los delegatarios de 1886 modificaron el proyecto primitivo que Caro les presentó.

\* \* \*

Hay en América dos clases de hombres públicos imposibles; unos que mudan de creencias y opiniones a cada viento de doctrina que sopla; en quienes la cabeza gira al caprichoso voltear de la moda, el cerebro se gobierna por el interés, el corazón por los dineros. Otros se quedan inmóviles, como las momias egipcias, como los fósiles del período terciario.

No perteneció Caro a ninguno de los dos grupos; no hubo en él jamás cambio brusco, pero sí progreso incesante; fue idéntico en el fondo, mudó en los accidentes, pero siempre de bien en mejor. Empezó por el pseudo-clasicismo, que ata el pensamiento, y terminó con la amplia libertad de las escuelas clásicas genuinas, hasta escribir la oda a la estatua del Libertador. La expresión acaso más alta de poesía lírica, que haya brotado de pluma americana; una de las joyas más subidas de valor en lengua de León y de Quintana.

En su horror a la demagogia revolucionaria, escribió de joven: "No hay libertad sin trono", y murió defendiendo la república, la democracia cristiana en su más amplio, legítimo sentido. De mozo no aceptaba lo que no consagró la autoridad de la Academia, el ejemplo de los escritores peninsulares; años después defendió las voces americanas, el derecho de formar nuevos vocablos para expresar ideas recién creadas.

Nadie estaba como él al tanto del movimiento literario y científico del mundo. Quería uno a veces agradarlo o sorprenderlo con un dato suelto, leído por la mañana en el diario, en la revista, acabados de llegar por el correo de Europa. Y él completaba, rectificaba la noticia —política, filológica, bibliográfica, médica, biológica— y citaba diez fuentes auténticas de información, y quedaba el interlocutor fluctuando entre la humillación y el asombro.

De todo aquel acervo, sacaba Caro, con su penetrante genio analítico, lo que había menester, arrojando con desprecio heces y escorias; con su genio sintético agregaba lo adquirido a la masa de su inmensa sabiduría. Como las abejas extraía la miel sana y sabrosa de las flores más dulces y de las más amargas, de las salubres y de las venenosas.

La labor literaria y científica del señor Caro ni cabe en mi pobre cabeza, ni en estas páginas breves.

Como traductor de poetas extraños, antiguos y modernos, apenas tenía rivales en la lengua castellana.

Como vate correcto, intachable sabedor de todos los secretos del idioma, de los primores más recónditos de la métrica, de las sensaciones más imperceptibles al oído del vulgo, sin perjuicio de la originalidad, del numen, sólo se asociarán a su nombre los de su padre, los de Rafael Pombo, Diego Fallon... y quizá dos o tres más.

Caro se cita, en calidad de crítico, con autoridad casi inapelable por los escritores más eminentes de América y España, de Piñeyro y Menéndez y Pelayo abajo.

Creo que entre los filósofos colombianos nadie le niegue el primer puesto, ni aun los que en muchos puntos secundarios no merecemos la honra de compartir sus ideas y su sistema.

La prosa de don Miguel Antonio a pocos supera en méritos; con ninguna se confunde.

Polemista y dialéctico formidable, hiere, mata, desmenuza al adversario, con el silogismo irrefutable, con el dato histórico, con la apóstrofe que golpea como la maza de Hércules; con la ironía que penetra el corazón a modo de estilete toledano.

Fue siempre original, sin pretenderlo, sin saberlo acaso. Citaba, citaba mucho, pero no copió nunca; se aprovechaba de todo saber, pero no plagió jamás; hasta los axiomas matemáticos parecían, al salir de su boca o de su pluma, cosa nueva, nunca oída.

Fue orador parlamentario sui generis, pero de talla superior, como superior fue en todo y por todo. Allí el período inmenso de Castelar, la invectiva de Ríos Rosas, la anécdota que hace pensar, el donaire que pone sonrisa en los labios y frío en el corazón del contrario.

Como gramático y filólogo la ciencia debe al señor Caro muchas contribuciones originales; ella lo calificará no de mero divulgador, sino de creador verdadero. La teoría del predicado latino, la del participio castellano que se le escapó a Bello, son descubrimientos dignos de Pott y Dozy. Los estudios sobre el Americano en el lenguaje; sobre la aliteración se firmaría con orgullo en España; los artículos sobre Castellanos, sobre Bello, sobre el Quijote, no serían desdeñados por Cueto, Cañete, o Menéndez y Pelayo.

Sin haber cursado teología, publicó su estudio sobre San Cirilo Alejandrino. El señor arzobispo Paúl me dijo al leerlo: "Los más eminentes teólogos jesuitas habrían firmado este escrito con orgullo". No fue doctor en Derecho, y sus conceptos como consejero de Estado son cánones de la legislación nacional.

Me falta hablar del poeta latino. Tres grandes volúmenes manuscritos de poesías en la lengua de Ovidio ha dejado inéditos el señor Caro. No soy latinista, sin falsa modestia lo digo. Nadie se hace dueño del idioma del Lacio sin empezar a estudiarlo junto con la lengua materna; sin vivir en la sociedad de latinistas insignes sin dedicarle la mitad de la vida. Pero, por lo poco que se de lengua y literatura latinas, me atrevo a decir que el señor Caro escribía y versificaba mejor en el idioma de Horacio que en el de Fray Luis de León. En castellano, apelaba el hiperbatón; en latín corre la frase poética como el lenguaje conservado. ¡Si llegué yo a imaginar que don Miguel Antonio pensaba en latín, e iba traduciendo las ideas a idioma vulgar!

Si tuviera que explicarle a un extranjero sabio quien fue Miguel Antonio Caro, le diría: Imagine usted un romano, patricio, de la época de Marco Aurelio, educado por maestros estoicos con el mayor esmero; supóngale usted convertido al cristianismo por largas conferencias con un Padre de la Iglesia; hágalo usted resucitar hacia mediados del siglo XIX; infúndale el habla castellana y el acento de los bogotanos, y déjelo usted proceder. Y tendrá usted a Caro.

Esta es la explicación de los tropiezos políticos del señor Caro. Un gobernante no puede ni debe ser tan... ¿cómo decir sin ofensa?, tan distinto de su raza, de su nación, de su tiempo.

Caro fue electo, por voto popular, vicepresidente de Colombia, y, por ausencia primero y después por muerte del presidente titular, ejerció durante seis años la primera magistratura de la nación en medio de muchas y variadas contradicciones y de agrias luchas en todos los campos.

Aunque no había simpatizado yo con su candidatura, creo que supe distinguir entre el candidato y el magistrado, y le tributé honor y respeto, y nunca dejé de ser humilde y agradecido amigo de su persona. Pero no le adulé jamás. Ni él era hombre que se embriagara con el humo del incienso, que sólo se debe a Dios; soli Deo honor et gloria.

Paréceme que no ha llegado todavía la época de juzgar serena e imparcialmente la administración del señor Caro. Ni el que estas líneas escribe tendría, en ningún tiempo, autoridad en la materia.

He oído ya rectificar conceptos de otros días, he leído con satisfacción, a propósito de la muerte de Caro, muchas frases que corrigen graves inculpaciones de antaño.

Los contemporáneos se apasionan, la historia aclara y testifica los hechos, Dios es el Juez Supremo de los hombres.

\* \* \*

El señor Caro fue apellidado por el doctor Núñez "la primera virtud de Colombia", Núñez no era Papa, ni se canoniza a los hombres en vida. Pero sin ser Pontífice, todo el mundo sabe que el señor Caro fue hombre de virtudes excelsas. Su fe católica, sencilla como la del carbonero, ilustrada como la de un teólogo, le llevó a defender la Iglesia en los momentos en que ello no traía sino desprecios y dolores; de su confianza en Dios, de resignación en la voluntad divina, presencié pruebas heroicas en los momentos más amargos; soy testigo en él de actos admirables de caridad; le vi prudente en situaciones difíciles; siempre con hambre y sed de justicia, fuerte en la adversidad,

moderado en las prosperidades. Manejó los millones del erario público y salió de la presidencia a devorar las escaseces de los pobres. De todo, hasta de su fe, lo calumniaron; nadie osó sospechar siquiera de la pureza de su conducta.

Contrajo matrimonio con una mujer de esclarecida estirpe, hija de un hombre ilustre y sin tacha, inteligente sin bachillerías, piadosa sin alardes, firme sin violencias, mansa sin debilidades, culta sin saberlo, estimada ignorándolo por entero. Caro entendió, como lo entendía todo, el tesoro que Dios le había dado, y puso en aquel angel toda la fuerza de voluntad, todos los afectos de su grande alma.

Su esposa fue presa por largos años de traidora enfermedad. El señor Caro le sirvió de esposo, de madre, de enfermero. El día que la santa mujer entregó su alma a Dios, don Miguel Antonio no vertió una lágrima, no exhaló una queja, no produjo un suspiro. Ella murió a las nueve de la mañana; a las seis de la tarde empezó la enfermedad que condujo al señor Caro al sepulcro.

Con sus hijos no fue padre, sino madre. Con sus amigos... ¿tuvo amigos el señor Caro? No se si tuvo muchos, aunque si miles de miles de admiradores...

A mí me trató como íntimo de su alma, hasta el postrer suspiro. ¡Dios se lo haya pagado! ¡Dios lo bendiga!

Tuve, conformándome con sus deseos, la dolorosa satisfacción de acompañarlo en su última hora, de "ayudarlo a bien morir", según la profunda frase cristiana española.

Iba viendo, con íntimo pesar, cómo se apagaba aquella soberana inteligencia, cómo la regia voluntad ya no imperaba. Siempre, como cristiano, creí y creo en el alma inmortal; estuve y estoy persuadido, como discípulo de la filosofía, de verdad tan clara y evidente; pero en aquellos momentos, vi con mis ojos, palpé la inmortalidad del espíritu, soplo de Dios, imagen del Hacedor infinito. ¡No! Este entendimiento no se extingue; no perece tanta ciencia, caridad tan encendida no se apaga, carácter tan entero no se troncha por la enfermedad y por la muerte!

Cesó la agonía; los ojos brillantes y fijos en la luz de la eternidad abierta ante ellos, se cerraron sin esfuerzo. Reinó hondo silencio, en medio del cual murmuraba yo sollozando las últimas plegarias. El alma rompió las ataduras, dejando el cuerpo inerte.

**Como el jilguero, cuando oyó el reclamo  
Quiebra, al alzar el vuelo, un débil ramo.**

Y Cristo, cuya palabra no pasa, confesó —así lo espero— delante del Padre Celestial, al que delante de los hombres con tanto valor había sabido confesarlo.

\*\*\*

Cuando yo escribía algún artículo literario, mi principal preocupación era ésta: ¿Qué diría el señor Caro? Ahora me pregunto: si desde la eternidad se conocen las miserias del tiempo, ¿qué dirá de este escrito el señor Caro? Dirá que los dones egregios que tuvo, no fueron suyos, sino dádiva de Dios; dirá que se regocija del bien que hizo a la patria y a la Iglesia; que era verdad cuanto él, dirigido por al fe, creyó y supo enseñar; dirá que "todo hombre perece"; dirá que "La gloria del Señor permanece eternamente".

